

CAPITULO I

De la perfección esencial é instrumental del cristiano y de los medios para alcanzarla.

LA esencia de la perfección cristiana consiste en la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Así Sto. Tomás, que dice: *Per se quidem, et essentialiter consistit perfectio cristiande vitae in caritate principaliter quidem secundum dilectionem Dei, secundario autem secundum dilectionem proximi.* Esto se funda en las palabras del Apóstol: "*Super, omnia autem caritatem habete quod est vinculum perfectionis,*" y en estas otras: "*Plenitudo legis est dilectio,*" que el pleno y perfecto cumplimiento de la ley es el santo amor; y por eso es la esencial perfección de quien profesa tal ley. Se demuestra también esto por la razón: La perfección de una cosa consiste en la consecución de su propio fin; lo que nos une con nuestro propio fin es la caridad, según estas palabras: "*Qui manet in caritate in Deo manet et Deus in eo;*" luego en la caridad consiste la perfección.

Después de la caridad con Dios la caridad con el prójimo entra á formar la esencia de la perfección. Sto. Tomás dice lo siguiente: El hábito de la caridad con que amamos á Dios no es distinto de aquel con que amamos al prójimo. El acto de caridad con que amamos á Dios, no es de distinta especie de aquel con

que amamos al prójimo. El acto de caridad con que amamos al prójimo por amor de Dios, se incluye formalmente en el acto de caridad hacia Dios. Luego si el amor del prójimo por respeto de Dios, es amor del mismo Dios, consistiendo nuestra perfección en la caridad para con el uno, consiste también en la caridad para con el otro.

CAPITULO II

De la perfección instrumental.

ESTAS virtudes morales y los consejos evangélicos son la perfección instrumental del cristiano. Así Sto. Tomás quien dice que en estas palabras de Jesucristo: "Anda y vende todo lo que posees y repártelo á los pobres y sígueme," la perfección sustancial se expresa solamente en el seguimiento de Jesucristo, por el cual nos juntamos á él con afecto de caridad. En la renuncia de los bienes se declara solamente la perfección instrumental por lo que se llega á la esencial. Casiano también ha dicho: "*Nuditas pribatio omnium facultatum, nos perfectio sed perfectionis instrumenta sunt; quia non illis consisti diciplinas illius finis sed per illam pervenitur ad finem,*" Lo mismo dice Sto. Tomás de las virtudes morales: "*Vita christiana specialiter in caritate consistit, per quam anima Deo conjungi-*

tur. Unde dicitur Joannes: Qui non diligit manet in morte, et ideo secundum caritatem attenditur simpliciter perfectio christianae vitae sed secundum alias virtutes secundum quid."

Adviértase con Sto. Tomás que la perfección esencial se divide en tres grados, ínfimo, supremo y medio. El primero consiste en que no se ame á otro más que Dios, ó contra El, ó igualmente que á El. El segundo consiste en un contínuo y actual ejercicio del amor divino. Esto no se puede tener en esta vida. El tercero consiste en que removidos los impedimentos y adquiridas las debidas disposiciones pueda la persona ejercitar con facilidad y ardor los actos de la caridad que es la perfección á que debemos aspirar. De aquí es que la perfección, en cuanto abraza lo esencial ó instrumental y el modo con que debe de ejercitarse, consiste en el hábito de la caridad fácil, pronta y expedita para practicar con la debida plenitud y fervor los actos caritativos hacia Dios y hacia el prójimo.

CAPITULO III

División de la vida cristiana.

LA perfección de la vida cristiana se divide en tres grados que constituyen tres estados de perfección de alguna manera diversos entre sí.

Sto. Tomás pone en la caridad tres grados de aumento, al primero llama caridad que comienza, al segundo caridad que aprovecha, al tercero caridad perfecta. De donde resultan en quien los posee los tres estados de incipiente, proficiente y perfecto. Esto se funda en estas palabras de S. Agustín, hablando de la caridad: *Ut perficiatur, nascitur; cum fuerit nata, nutritur, cum fuerit nutrita roboratur, cum fuerit roborata perficitur.* Lo mismo que de la caridad se entiende de cualquiera otra virtud según aquello de S. Gregorio: *Unaquaeque virtus quibusdam gradibus augetur..... Aliud namque sunt virtutis exordia, aliud profectos, aliud perfectio.*

En el camino de la perfección hay tres sendas ó vías por las cuales se va á la patria celestial: purgativa, iluminativa y unitiva, que corresponden á los tres estados. El principiante camina por la vía purgativa, el proficiente por la iluminativa, el perfecto por la unitiva.

El estado de los principiantes es el de aquellos que están en gracia de Dios, pero tienen vivas sus pasiones y tienen que combatir incesantemente contra sus desarreglados apetitos. Practican las virtudes sin facilidad y con repugnancia. A este estado corresponde la vía purgativa y tiene por mira purificar el alma de los pecados cometidos, destruir y combatir los hábitos viciosos y moderar la rebeldía de las pasiones. El estado de los proficientes es de aquellos que han sosegado en parte sus pasiones y con facilidad se abstienen de culpa mortal y se ejercitan en las virtudes morales y

teologales; pero no se abstienen igualmente de los pecados veniales. A este estado corresponde la vía iluminativa que tiende al exterminio de las pasiones y está dedicada al ejercicio de las sólidas virtudes. El estado de los perfectos es el de aquellos que han vencido sus pasiones y se ejercitan con facilidad en los actos de las virtudes especialmente de la caridad, absteniéndose de todo pecado grave ó leve. A este estado corresponde la vía unitiva, en la cual el alma reducida á una grata calma y tranquila serenidad se une fácilmente con Dios por amor.

CAPITULO IV

Advertencias al Director espiritual.

1^a Los principiantes en general se ocupan en domar sus pasiones que en ellas están muy rebeldes y vigorosas contra la razón y que no tienen facilidad ni prontitud en el ejercicio de las virtudes.

Hay sin embargo algunos muy fervorosos en sus oraciones, anciosos de penitencias, prontos en la obediencia en que ya parecen perfectos. Mas no hay que fiar de esto, pues no todo lo que brilla es oro. Todo esto nace de la gracia sensible y de consolaciones espirituales que adormecen las pasiones é impelen á lo bueno. La virtud es una felicidad para producir

actos buenos, pero adquirida con el continuo ejercicio de tales actos y radicada tan profundamente en el alma, que haya abatido y quitado las fuerzas á las inclinaciones contrarias, de manera que estas ya no tengan bastante fuerza ó tengan poca para remover á la voluntad de su obrar recto y virtuoso, y esto en cualquier estado, ya de sequedad ó de consuelo. Mas esto no se adquiere sino entre contradicciones, tentaciones, trabajos y grandes victorias sobre sí mismo. Así es que la verdadera virtud no se halla en los principiantes que no han sufrido grandes combates.

2^a Los proficientes han mortificado mucho sus pasiones, se ejercitan en las virtudes, sin embargo los hay que tienen las pasiones insubordinadas más que al principio y más que los principiantes; los hay que tienen suma dificultad y repugnancia en la práctica de cualquier virtud. Mas esto no proviene de ordinario de la natural constitución de su interior, sino de la impugnación exterior del demonio envidioso de su adelantamiento, y de permiso especial de Dios que quiere su mayor perfección. Por esto no debe el Director tener mal concepto del proficiente, sino que reputándolo por lo que era antes de semejante soltura de pasiones, lo debe tener por mejor, pues es grande el provecho que suele resultar de semejantes trastornos.

3^a Los perfectos han vencido todas sus pasiones, no caen en culpas ligeras con toda ad-

vertencia, practican con facilidad los actos de caridad y viven unidos á Dios. Pero téngase presente que en esta vida no hay hombre por más perfecto que sea que no experimente jamás algún movimiento de pasión ó rebelión del apetito y que no llegue á cometer alguna culpa venial. Y por lo mismo la más alta perfección se reduce á que estando ya mortificadas las pasiones sólo se muevan muy ligeramente y con facilidad y presteza se avengan; y los pecados leves no se cometan con plena deliberación, borrándose después con obras santas y meritorias en que suelen ejercitarse tales personas.

No requiere la presente perfección estar siempre unidos á Dios con un continuo y jamás interrumpido ejercicio de amor, pues dice Sto. Tomás: "*Talis perfectio non est possibilis in via sed erit in Patria.*" Basta para ser perfectos que con facilidad nos unamos á Dios, cuanto lo permitan las ocupaciones en que nos empleamos en esta vida.

Tampoco consiste la perfección en algún término, aunque muy subido que no podamos traspasar, pues todo hombre puede y debe crecer siempre en perfección y si fuere perfecto debe con mayor ardor que nunca aspirar á la perfección que le falta, porque esto mismo dice S. Bernardo, pertenece á la perfección de su estado. *Indefessum proficiendi studium et jugis conatus ad perfectionem, perfectio reputatur.*

4ª Procure el Director que el alma se per-

feccione en aquel estado en que se halla y no le exija la perfección de un estado superior. Compadézcala teniéndole paciencia en lo que le falte, pues ninguno puede obrar sobre sus fuerzas.

CAPITULO V

De los medios para alcanzar la perfección.

El primer medio es el deseo de la misma perfección. Tal deseo es necesarísimo para conseguirla según aquello de S. Agustín: "*Tota vita cristiani boni sanctum desiderium est.*" Sto. Tomás: "*Desiderium quodammodo facit desiderantem aptum et paratum ad susceptionem desiderati.*" Esto mismo lo convence la razón. Siendo el deseo un movimiento de la voluntad hacia un bien posible para conseguirlo; se sigue de aquí que si el cristiano no desea la perfección, su voluntad no se mueve hacia ella y no moviéndose ¿cómo podrá conseguirla? Siendo la perfección un bien tan arduo que no se alcanza sino por medios difíciles, todos libres, electivos y dependientes de la voluntad, sin tales deseos ¿cómo llegará á vencer las dificultades y poner en práctica tan difíciles y trabajosos medios? Es increíble lo que ayudan á la perfección tales deseos cuando afectan el apetito sensible; pues dilatan el corazón, animan la voluntad, la confortan y ensanchan los senos del alma haciéndola capaz de grandes bienes.

Estos deseos son la piedra primera del edificio espiritual y la semilla del árbol que producirá toda virtud.

El primer motivo para despertar los deseos de la perfección es la obligación que tenemos de ella, según aquello de Nuestro Señor Jesucristo. "*Estote ergo vos perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est.*" Y San Pablo nos ordena que estemos siempre armados contra los asaltos de nuestros enemigos y que séamos perfectos en todas las cosas: *Accipite armaturam Dei ut positus resistere in dei mala, et in omnibus perfecti stare.*

Mas en esto adviértase que si el penitente fuere religioso, aunque no esté obligado á ser perfecto, tiene obligación grave de caminar á la perfección; y del secular y religioso dice Sto. Tomás: *Omnes tam Religiosi, quam Seculares, tenentur aliquantulum facere, quidquid boni possunt: omnibus enim convenienter dicitur: Ecles. 9 Quodcumque potest manus tua instanter operare. Est tamen aliquis modus hoc praeceptum implendi, scilicet, si homo faciat quod potest, secundum quod requirit conditio sui status dummodo contempus non adsit agendi meliora.*

A los seculares con especialidad, debe el Director inculcar la obligación que tienen de la perfección.

El 2º motivo que hay para despertar los deseos de la perfección es la necesidad de procurarla no solo para ser perfecto sino aun para salvarse; y así Gersón hablando de los consejos del Evangelio dice: *Raro fiet, ut homines praecepta*

strenue compleant, quin quodammodo superogent et misciantur conciliis. Esto lo demuestra Suarez con el ejemplo de las sustancias naturales, que sin el acompañamiento y cortejo de sus propios accidentes no pueden conservarse, sino que deben necesariamente perecer. Así el fuego sin el calor se apaga; la nieve sin su frialdad se destruye. Así, dice Suarez, la gracia de Dios y la caridad sin las buenas obras que son las cualidades sobrenaturales que la confortan, nutren, defienden y aumentan, al fin viene á morir y perecer.

Además, hablando moralmente, no se pueden observar en substancia los preceptos si se descuida de su perfección; pues así llegan á cometerse innumerables pecados veniales que abrirán la puerta á los mortales, según estas palabras "*Qui spernit modica paulatim decidet;*" de donde infiere Sto. Tomás: *Ille qui peccat venialiter, videtur minima spernere. Ergo paulatim disponitur ad hoc ut totaliter distuat per peccatum mortale.*

Adviértese que para que los deseos de la perfección conduzcan efectivamente á ella, jamás han de entibiarse, mas se han de adelantar á conseguir mayor perfección; porque así como esta no tiene término alguno, tampoco lo han de tener los deseos de conseguirla; de donde dice S. Bernardo: *Non proficere sine dubio deficere est. Nemo proinde dicat: Satis est: Sic volo manere: Sufficit mihi esse sicut heri, et nudius tertius.*

CAPITULO VI

Medios para obtener la perfección.

1º El frecuente uso de las santas meditaciones según aquello de David: *In meditatione mea exardescet ignis*. Se enciende por medio de la meditación en nuestras almas el santo fuego de los deseos que nos despiertan y agujonean á adelantar en la perfección, pues allí se ve con cuanta razón Dios debe ser amado, la grandeza de sus beneficios y de su amor; la belleza de la virtud y de la fealdad del pecado con lo cual el alma se enciende en santos deseos de su perfección.

2º medio. Renovar siempre el propósito de caminar de continuo á la perfección como si entonces empezase, según aquello de S. Pablo: *Renovamini spiritu mentis vestrae*; y David: *Et dixi, nunc coepi*; y S. Antonio que al morir dijo á sus monjes: *Hodie vos religiosum studium arripuisse arbitremini, ut voluntatis fortitudo succrescat*.

3er. medio. No pensar en el bien que hemos hecho sino en el que falta que hacer y en las virtudes que quedan por conseguir, según el consejo de S. Pablo: *Fratres: Ego non me arbitror comprehendisse. Unum autem, quae retro sunt, oblivicens, ad ea quae sunt priora, extendens me ipsum, ad destinatum persequor, ad bra-*

vium supernae vocationis Dei in Christo Jesu. Quicumque ergo perfecti sumus hoc sentiamus." El olvidarse del bien que se ha practicado y el extenderse con todo el vigor del espíritu al bien que falta, no solo, según el Apóstol, es medio para conseguir la perfección, sino que es la misma perfección, pues concluye: *Quicumque ergo perfecti sumus hoc sentiamus*, sobre lo que dice S. Bernardo: *In quo manifeste, Apostolo docente, dedaratur, quia perfecta eorum quae retro sunt oblivio et perfecta in anteriora extentio, ipsa est hominis justí in hac vita perfectio.*

El 4º medio es pensar á menudo en los defectos presentes y en los pecados pasados, porque tales pensamientos nos llenan de un santo rubor interior, despiertan los deseos de las virtudes que nos faltan y las más vivas ansias de mortificarnos en nuestros defectos; y por esto sirven de estímulo é incentivo á la perfección; y así decía S. Agustín: *Semper tibi displiceat quod es si vis pervenire ad id quod nondum es, y añade; Nam ubi te placuisti, ibi remansisti*, quiere decir: Si quiere uno conseguir la perfección que no tiene, es menester que jamás se contente uno de sí mismo, sino que conozca sus defectos, pecados, yerros y faltas de virtud, manteniéndose siempre en un profundo desagrado de sí mismo, pero que sea quieto, humilde, pacífico y lleno de confianza en Dios, que es lo que estimula al hombre á mayor perfección.

CAPITULO VII

Advertencias sobre el primer medio de la perfección

1ª El Director para conducir á su dirigiendo á la perfección, pórtese con prudencia, buen orden y destreza. El primer medio de la perfección son los deseos de esta misma, mas no á todos se ha de suministrar tal medio; pues no todos están dispuestos á recibir este cultivo del espíritu. Si la persona se halla envuelta en culpas graves con afecto á ellas, ó en la ocasión de pecado, es menester curarla primero de las heridas mortales y restituirla á la gracia hasta su perfecta sanidad; mas si hubiere vivido largo tiempo en la inocencia, ó habiendo cometido graves pecados se halla enmendado de sus yerros y muy arrepentida, deberá el Director llevarla á mayor perfección usando algún medio proporcionado á la condición del sujeto para introducirle suavemente el deseo de la perfección.

2ª En caso que el alma esté libre de culpas graves, y dispuesta á ir adelante y progresar en virtud, si está movida de Dios á mayor perfección, el Director con sus consejos y advertencias encienda más vivamente los deseos de la perfección; mas si permanece tibia, contenta de no cometer culpa grave, válgase de algún medio para excitarla á mayor bien.

El medio más ordinario que se debe practi-

car, es el ejercicio de las santas meditaciones; porque aunque los directores excitaron deseos de la perfección, Dios es quien los da, y el medio más conatural y seguro de recibirlos es la meditación sobre las máximas de Inústrafé, pues en ellas se conoce lo que es el mandado que es el Señor.

3ª El Director con las personas seculares dispuestas á caminar por la vía del espíritu, procederá al principio prácticamente; y sin hablarles de la perfección introduzalos suavemente en ella haciéndolos practicar algún medio de los anteriores; mas ya adelantando en la caridad podrán representarles la obligación que tienen de ser perfectos según su estado.

4ª La perfección no es una, misma en todos; y así no todos han de ir por el mismo camino.

Una es aquella que debe ejercitarse el secular, y otra el religioso, una la de las doncellas, y otra la de las casadas; pues se debe conformar con sus obligaciones y condición; procurando el Director quitar al dirigiendo los deseos inútiles ó infructuosos que ocupan el corazón é impiden lo necesario á la perfección; cuando tales deseos son fijos y estables, basta comenzando á despertar en el penitente los deseos de que hablamos, no le quida demasiado el Director como si quisiese hacerlo santo en un día, pues para conseguir la perfección en cualquier estado basta usar algunos medios; no todos, y así use de discreción mayormente

al principio, para no apagar en vez de avivar aquellos primeros deseos.

6ª Para conocer cuando el dirigiendo de fervoroso se va entibiando, se dan las siguientes señales: 1ª Si se dejan los ejercicios espirituales, oraciones, meditaciones, lecciones, etc., ó si se disminuyen por motivos ligeros, ó si se hacen con desgano, sin aplicación, por costumbre, respeto humano; y por mala conducta en las demás cosas espirituales.

En esto es necesario distinguir la sequedad de la tibieza: en ambas se pierde el afecto sensible: el sentimiento y sabor de lo espiritual; pero en la sequedad á pesar de esto no falta la voluntad antes bien es más diligente en cumplir sus deberes. Al contrario en la tibieza falta la voluntad; la primera procede sin culpa, la segunda tiene muchas imperfecciones.

La 2ª señal la tendrá el Director en las acciones externas: antes amaba el retiro, ayuno, mortificación, cilicio, etc., ahora no; y así notará que de hombre espiritual se va haciendo carnal.

3ª Cuando se le ofreciere hablar con el penitente sino halla en él claridad de conciencia, humildad, obediencia, etc., sino más bien desconcierto de pasiones, propia estimación, vanidad é inclinación al mundo; todo esto es un mal indicio.

7ª Si en el penitente hay las sobre dichas señales, ya se ha resfriado en él el deseo de la perfección. Para volver á encenderlo se le

pondrán delante los motivos siguientes: 1º Que si persiste en su tibieza volverá atrás, perdiendo en breve lo que en mucho tiempo había adquirido. 2º Que si permanece en la tibieza no solo perderá lo ganado, sino que llegará poco á poco á caer en pecados mortales. 3º El alma que del estado de perfección cae en tibieza y después en culpas graves, difícilmente se vuelve á levantar. *Impossibile est enim eos qui semel sunt illuminati, gustaverunt etiam donum coelesti, et participes facti sunt Spiritus Sancti, et prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam.*" (S. Pablo.)

8ª Los deseos de la perfección y el fervor se vuelven á inflamar con los mismos medios con que se encendieron la vez primera: la lección espiritual, el uso de los sacramentos, la guarda de los sentidos, la mortificación de las pasiones; en especial meditar las máximas eternas, y todo esto con espíritu y fervor allanándole entre tanto el camino el Director. Mas si no basta esto sólo resta encomendarle á Dios.

9ª Hay almas que no descansan en el camino de la perfección; se esfuerzan por ir adelante, están descontentas de sí, creen que vuelven atrás y que están llenas de defectos. Si las dichas personas sacan de esto, humildad sincera, esto es abatimiento interior, quieto y pacífico, poca estimación y aún desprecio de sí mismas: ni pierden la confianza en Dios antes la aumentan á vista de su miseria, se hallan en muy

ro el medio ordinario debe ser la apacibilidad, pues es más provechosa.

No muestre el Director horror con las tentaciones de sus penitentes por más feas ó impías que sean; tanto porque ordinariamente no se tiene culpa en sentirlas, como porque así perderán la confianza y ya no manifestarán tales tentaciones.

La misma conducta observe el Director si el penitente no solo es tentado, sino que de hecho cae en faltas notables y aun pecados graves, como puede suceder aún á las personas que tienden á la perfección. Guárdese de actos de admiración, de reprensiones acres, celo indiscreto, etc.

Las almas delicadas de conciencia después de caídas suelen quedar sin aliento; por lo cual tienen necesidad de ser reanimadas con palabras dulces, llenas de esperanza. Para haer esto piense el Director que él puede caer en tales faltas, y así trátelas con dulzura, haciéndolas que se conozcan y humillen sin perder la paz; que desconfien de sí mismas y pongan toda su confianza en Dios. Mas si esto no obstante se muestra el discípulo incorregible, compádezcalle, dele nuevos consejos, ayúdele, muéstrelle ansias de su aprovechamiento y entrañas de amorosa madre; sobre todo recurra á la oración, á fin de alcanzar la gracia para su dirigiendo.

A la dulzura de corazón se debe añadir la paciencia en sufrir las molestias de los penitentes,

según aquello de S. Pablo: *Debemus nos firmiores infirmitates infirmorum sustinere*, y esta paciencia contribuye al remedio de los penitentes. Acuértese de aquellas palabras de S. Bernardo: *Discite subditorum matrem vos esse debere, non Dominos. Studete magis amari quam metui. Et si interdum severitate opus sit; paterna sit, non tiranica*. Mas á las mujeres no se les debe mostrar este afecto espiritual, pues no es conveniente ni para el Director ni para ellas.

CAPITULO IX

Lectura de los libros santos. Tercer medio para la perfección.

La lectura de los libros santos, según S. Bernardo: *Valde nobis est necessaria, nam per lectionem discimus, quid facere, quid cavere, quod tendere debeamus. Unde dicitur. Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis.*

Esta lección ayuda mucho á las personas mundanas para entrar en el camino del Señor, y á las espirituales para caminar velozmente por él y hacerse santas según decía también S. Bernardo: Hay en esta mesa de la doctrina católica viandas proporcionadas al paladar de los pecadores, que tienen virtud de reducirlos á la vida de la gracia; y las acomode al paladar de los justos, á quienes dan vigor para crecer y perfeccionarse en esa misma vida.

Advierta el director que la lección se ha de